

novela cervantina, cuando el hidalgo se dispone a embestir los molinos, Sancho asume las funciones de perogrullo para recordarle algo tan básico como que mire lo que tiene delante y salga así del error: «Mire vuestra merced que aquellos que allí se parecen no son gigantes» (95). Pero las sensatas advertencias del escudero se las lleva el viento, puesto que don Quijote no tiene por costumbre mirar, sino leer, reinventar y filtrar la realidad, acomodándola a lo que dicen los libros. Y los libros informan claramente que aquellas criaturas monstruosas que agitan los brazos no pueden ser más que gigantes. Resulta irónico que el protagonista de *Auto de fe* viva obsesionado con la remota posibilidad de perder la vista –precisamente él, una persona que permanece ciega para la realidad más inmediata–. Peter Kien ha adquirido la curiosa costumbre de deambular entre las estanterías repletas de libros cerrando los ojos y fingiéndose ciego, para tratar de imaginar el horror que supondría vivir a oscuras. He aquí una acertada metáfora para caracterizar a una persona que, en cierta manera, ya vive a oscuras. Al menos, así se lo recuerda su hermano: «pagas tu memoria científica con una peligrosa carencia: no ves lo que ocurre a tu alrededor» (445).

A pesar de que el espacio cerrado de una biblioteca constituye su hábitat idóneo, tanto don Quijote como Peter Kien van a ser expulsados de ese recinto protector. Al primero, le tapien la estancia donde guarda sus libros y le hacen creer que la desaparición es obra de encantadores; al segundo, su mujer lo echa de casa y sólo puede salvar una pequeña parte de su adorada colección (aunque el hecho de haber sido desposeído de ella no le impide, cuando se aloja en un hotel, anotar como profesión «propietario de una biblioteca», 175). Pero ambos van a sobrevivir a la expulsión del paraíso gracias al socorro de una extraordinaria memoria. Don Quijote no necesita de la presencia física de sus grandes volúmenes de caballerías, puesto que los almacena en la cabeza. Puede hojearlos mentalmente en cualquier momento y dar con la información que busca. Es tal su reverencia por lo escrito que, en sus citas, llega incluso a reproducir los *verba dicendi*. Así, cuando se dispone a atacar al vizcaíno, leemos: «–Ahora lo veredes, dijo Agraes –respondió don Quijote» (95). La memoria de Peter Kien es igualmente portentosa, «prodigiosa» (423), «casi terrorífica» (21), «un don divino, un verdadero fenómeno» (215). También él, como el hidalgo, «pensaba por citas» (19). Esta extraordinaria capacidad mnemotécnica le permite construir una biblioteca portátil e interiorizada –una «bibliocabeza», 22–, donde conserva todos sus libros («yo podría vivir en un simple agujero, pues llevo mis libros en la cabeza», 446). Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en la novela cervantina, el protagonista de *Auto de fe* muestra

en todo momento una devoción casi fetichista por los aspectos más materiales del libro, su cuidado, su limpieza, su encuadernación, su fragilidad¹⁰. En la novela canettiana, la constante animalización de los personajes encuentra su correlato antitético en la humanización de los libros. Según frase lapidaria de Kien, «un libro vale más que un ser humano» (455). Los libros se convierten en entidades sensibles, «pobres criaturas» (212) que algunos compradores sin escrúpulos –equiparados a buitres– examinan «como si se tratara de esclavos» (213). Cuando llega a oídos de nuestro protagonista la leyenda del Hombre-Cerdo, el insaciable devorador de libros que trabaja en el Monte de Piedad, se autoimpone la obligación moral de salvarlos, y lo hace en estos términos: «mientras tuviera una gota de sangre en las venas, estaba dispuesto a redimir a esos desdichados, a rescatarlos de las llamas, a protegerlos de las fauces del Cerdo» (270). Y cuando se imagina la supuesta muerte por autofagia de Teresa, lo que más le duele es pensar que esta terrible escena se desarrolló en presencia de sus indefensos libros (321).

Hace algunos años, McLuhan señaló que la imprenta «destribaliza o descolectiviza al hombre», y que ésta es la «tecnología del individualismo»¹¹. Para confirmar la idea, basta pensar en don Quijote o en Peter Kien, dos solitarios empedernidos, dos misántropos que no saben –o no quieren– integrarse en los mecanismos sociales. El hidalgo es capaz de permanecer encerrado en su aposento leyendo durante 48 horas seguidas, hasta que, inevitablemente, se le seca el cerebro. El «hombre-libro», por su parte, vive recluido en su biblioteca como un ermitaño, sin que apenas le lleguen ecos del mundo exterior. En ambos casos, sin embargo, esa voluntad de aislamiento se concreta y materializa en el rechazo a la mujer. Persuadidos de que profesar en la orden de los libros exige voto de castidad, los dos personajes deciden convertirse en ascetas sexuales y evitar la peligrosa interferencia de lo femenino en sus vidas¹². Pero aunque el resultado sea el mismo, las estrategias que trazan para llevar a cabo su plan son opuestas. Don Quijote se coloca a salvo de la mujer sublimándola hasta descarnarla y convertirla en un inocuo fantasma intelectualizado. Es así como Dulci-

¹⁰ *Es difícil no advertir un eco autobiográfico. Escribe Canetti en sus Apuntes: «No puedo negar que me duele no ocuparme de los libros, tengo un sentimiento físico por ellos, de vez en cuando me sorprende en diálogos de despedida de ellos [...]. Me duele pensar que los libros caerán en manos ajenas o que incluso se venderán, me gustaría que permanecieran donde están ahora y que yo pudiera visitarlos de vez en cuando sin ser visto, como un fantasma» (46).*

¹¹ M. McLuhan, 1993: 232.

¹² *De hecho, el ascetismo, en todas sus manifestaciones, domina la vida de ambos personajes. La austeridad en el comer y en el dormir, el rechazo de cualquier tipo de comodidad y su indiferencia por el dinero constituyen otros tantos puntos de contacto entre don Quijote y Kien.*

nea, ese gran invento creado a partir del ensamblaje de diversas piezas culturales y librescas, lo redime del contacto amoroso con la mujer real. Peter Kien, por su parte, también ha acudido a los libros en busca de una respuesta al interrogante femenino, y ha hallado su refugio en una misoginia visceral. Odiar a las mujeres le evita el contacto con ellas (su único error, del que se arrepentirá toda su vida, es haberse casado con la esperpéntica y limitadísima Teresa para que cuidara de su biblioteca). La misógina arenga que pronuncia hacia el final del libro en presencia de su hermano George es pura erudición, un nutrido catálogo de féminas malvadas extraídas de la mitología y la historia sagrada. Ni Kien ni don Quijote son capaces de ver a la mujer real cuando ésta pasa junto a su lado. Su terror ante lo femenino y su enfermiza soledad les lleva a inventarla –sublimándola en un caso, denigrándola en el otro– para escapar de ella.

Pero más allá de este cúmulo de coincidencias –que podría leerse, en última instancia, como un tributo más o menos consciente de Canetti a la obra cervantina¹³–, el parentesco de ambas novelas se funda en la común reflexión de carácter ético-moral en torno al libro y a la lectura. La pregunta básica que late tras sus páginas –pregunta que nunca se formula de manera descaradamente explícita, pero para eso estamos ante obras de ficción y no ante ensayos– es la del valor del libro en nuestras vidas, tanto desde un punto de vista individual como social. Por distintos cauces históricos –Cervantes vive la explosión comercial de la imprenta en pleno Siglo de Oro; Canetti, el clima prebélico de la Viena de los años 30–, ambos plantean con especial urgencia el problema de la responsabilidad del escritor y del lector –si es que la literatura tiene que ser algo más que un simple pasatiempo, claro–. ¿Cómo hay que leer? ¿Cómo no hay que leer? ¿Existen libros peligrosos *per se*, o dicha peligrosidad depende de los ojos que leen? Por medio de la ficcionalización de dos casos clínicos de desahogada pasión libresca, Cervantes y Canetti abren el camino de la reflexión¹⁴. Porque, como señala el escritor búlgaro a propósito de su novela, «lo que acontece en un libro así no es mero juego» (1985: 11).

¹³ En el tercer volumen de su autobiografía, *Das Augenspiel* (El juego de ojos), escribe Canetti: «La primera novela fue Don Quijote [...]. Para mí no es sólo la primera novela, sino que continúa siendo todavía la más grande. En ella no echo de menos nada, ningún conocimiento moderno» (47).

¹⁴ No es difícil, una vez más, advertir ecos autobiográficos tras estas pasiones librescas. De Cervantes sabemos, por confesión indirecta, que leía «los papeles rotos de las calles» (107). Por su parte, Canetti admite su voracidad libresca: «no me arrepiento de esas orgías de libros [...]. En Viena, cuando no tenía dinero, gastaba todo lo que no tenía en libros [...]. Tendré que comprar libros hasta el último instante de mi vida, sobre todo cuando sé con seguridad que nunca los leeré» [2000: 12].